

LA VIDA EN EL CIELO

ESTRUCTURA Y FUNCIONAMIENTO
DE AQUELLA SOCIEDAD

por el

Rdo. P. Francisco de Barbens

Religioso Capuchino

PRIMERA PARTE

1. La inmortalidad

Poseemos un alma incorruptible, libre de elementos susceptibles de descomposición. Nuestra alma es un espíritu subsistente e independiente de la materia en su ser y en sus operaciones espirituales. Existen seres puramente materiales; existen otros inmateriales como el alma de los animales, que tiene el ser y el obrar con dependencia de la materia; y se dan seres espirituales, que no dependen de la materia más que para operaciones del compuesto; estos seres, susceptibles de operación cuando se hallan separados de la materia, son las almas humanas, sustancias que no pueden morir, porque no mueren los espíritus.

Somos inmortales por la condición espiritual de nuestra alma, por la capacidad universal de nuestra inteligencia, por las aspiraciones elevadísimas de nuestra voluntad, por la condición moral de nuestra conciencia y, sobre todo, porque Dios así lo ha querido, según consta expresamente en las Sagradas Letras.

El alma humana en virtud de su simplicidad y particularmente de su espiritualidad, no contiene elemento alguno de disolución o de corrupción que pueda privarla de la existencia y de su actividad específica. El único que tiene acción directa y absoluta sobre el alma es Dios, quien sabemos que podría aniquilarla, si quisiera usar de su poder divino. Pero el Creador no destruye los atributos que brotan esencialmente de la naturale-

za de los seres, mayormente cuando aquellos llevan inviscerados compromisos muy graves de responsabilidad moral en el sujeto que suponemos aniquilado.

La obra de Dios quedaría injustificadamente mutilada referente a la inteligencia humana, si una facultad que no se llena cumplidamente sino con la verdad absoluta, que es Dios, se viera forzosamente obligada a reducir sus conocimientos dentro de cuatro nociones, y aun éstas adquiridas a costa de grandes sacrificios y prolongados esfuerzos. ¿Es este el fin de la humana inteligencia? Su intensa y amplísima capacidad, sus profundas aspiraciones, no pueden quedar defraudadas. El entendimiento es capaz de concebir todos los géneros, todas las especies, todos los grados de la naturaleza creada, y es capaz igualmente de conocer a Dios. El ser que comprende o puede comprender la trama vastísima y compleja de las relaciones científicas, que con su pensamiento puede dominar los inmensos dominios del mundo de las ideas y del mundo de los hechos, que averigua las razones, las causas, los efectos y las propiedades de todo lo creado e increado, es algo más, mucho más que materia, es espíritu que vuela como el pensamiento, que penetra en las más íntimas reconditeces de las ideas y de la realidad como un ángel, que delibera, que juzga y que libremente determina y ejecuta como un ser moral, que espera naturalmente el término de su vida para rendir cuentas de responsabilidad y de conciencia al supremo Autor de la ley.

La voluntad espiritual, centro motor de toda el alma, potencia que produce lo más grande y lo más perenne que hay en el alma, el amor, la caridad; la voluntad, que posee una de las cualidades más características y más dignas de la humana naturaleza, la libertad psicológica y la libertad moral, esa voluntad, que elabora actos absolutamente inconfundibles y totalmente diversos de los actos del apetito sensitivo, es otro argumento que da fe de la inmortalidad de la sustancia que la posee. Aquella tan conocida máxima de San Agustín, «Señor, nos habéis hecho para Vos, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Vos», es una verdad tan profundamente filosófica, que arranca de las entrañas mismas de nuestra naturaleza. No que-

6. El amor de los bienaventurados

En el Cielo se ama con un amor incomparablemente superior a toda la intensidad, comprensión y amplitud de la afectividad humana. Es ley psicológica por la que se rige nuestra voluntad, prestar absoluta aquiescencia al objeto que la inteligencia le presenta enteramente perfecto. La intuición clarísima que el alma posee de la esencia de Dios, la bondad suprema que en todas las manifestaciones de los atributos de Dios en el Cielo se descubre, obligan a la voluntad humana a amar, y es tanto más intenso y vehemente este impulso afectivo, cuanto más elevada es la excelencia del objeto.

La bienaventuranza, según doctrina del venerable Maestro de nuestra Escuela Franciscana, Escoto, consiste esencial y formalmente en un acto de la voluntad, en el amor. La posesión de Dios por el amor, la unión más íntima que cabe de la voluntad humana con el Bien sumo, la participación con el primer don y fuente primordial y originaria de todos los dones, cual es el amor, no podía faltar en el Cielo. Como veremos en la segunda parte de este trabajito, lo que más íntimamente nos une con Dios en este mundo es el amor, lo que da carácter y forma a todas las virtudes es el amor, lo que da mayor elevación al mérito, más profundidad a la virtud, mayor aceptación a la santidad y más fuerza justificativa y redentora a la contrición es el amor. Sin amor no se concibe la virtud, ni existe el mérito sobrenatural, ni sería posible el Cielo, ni existiría Dios, que es esencialmente amor: *Deus charitas est*. En el Cielo, la nota más esencialmente unitiva es el amor que los bienaventurados tienen a Dios, y lo que da un carácter más íntimo a aquella socie-

dernos teólogos.

Nada añadimos acerca de las dotes que adornaron y caracterizaron al alma de Adán, porque la gracia santificante y la justicia original, realmente distinta y diversa de aquélla, según nuestro Doctor y Maestro, comprenden todo el conjunto de cualidades y de riquezas sobrenaturales con que Dios quiso favorecer de una manera singular la obra predilecta de la creación. No nos interesan en este momento semejantes dotes y cualidades.

Todo cuanto se predica de la cultura intelectual de Adán, no pasa de ser un imperfectísimo trasunto de la ciencia que poseen los bienaventurados en el Cielo.

Cuatro maneras tenemos de conocer a Dios, escribe San Buenaventura, por la fe, por la contemplación, por la aparición y por la visión o intuición: esta última, que es exclusiva de los bienaventurados, es la más perfecta. Semejante intuición no se verifica con las fuerzas naturales de la inteligencia simplemente, sino que Dios presta un concurso especial por medio de lo que los teólogos llaman *lumen gloriæ*, cuya luz sobrenatural no tiene otro objeto ni otro influjo en la visión beatífica, que actuar de concausa eficiente y concurrir de una manera efectiva juntamente con el entendimiento para realizar la visión. Así pues, el entendimiento del bienaventurado concurre parcialmente, pero como causa principal, con el *lumen gloriæ* para producir física, activa e inmediatamente la visión beatífica, la cual a su vez, expresa clara y terminantemente una palabra mental, molde y traducción de una idea, encarnación de un pensamiento.

El primer objeto que ocupa la inteligencia de los bienaventurados es la Esencia de Dios, la Trinidad de Personas y todos los atributos Divinos. Dentro de este objeto, en el cual está la razón de ser y el prototipo de todas las cosas, el alma ve las criaturas clara y distintamente como en un medio perfectamente conocido. El conocimiento que de las cosas y de las personas el alma tiene, guarda conformidad con el estado, la perfección y el deseo que la acompaña. En general es lícito sostener, que la intensidad y la extensión del conocimiento beatífico

SEGUNDA PARTE

Los caminos del espíritu

1. Diversidad de criterios en asuntos de piedad

Hoy en día, la cuestión del método ha venido adquiriendo una importancia excepcional. En filosofía y en ciencias, el método nos da el procedimiento más o menos rápido para descubrir la verdad. En ascética y en mística nos facilita o nos dificulta, según sea acertado o equivocado, la consecución de las virtudes y la unión con Dios.

El método se inspira en un criterio, que constituye el armazón íntimo que une los eslabones o las varias piezas del mecanismo. Así, en la piedad, existe una escuela que, inspirándose en el criterio que todo cristiano debe ser un ermitaño, en sus producciones y en sus enseñanzas aplica únicamente el método o procedimiento de sugerir doctrinas, máximas y ejemplos de anacoretas y ermitaños. En esta forma creen sus adeptos conducir por el camino de la perfección y cumplir debidamente su misión.

Una segunda escuela, partiendo de la base que el cristiano vive en sociedad, pretende hacer del cristiano un ciudadano santo, es decir, un hombre que sepa cumplir fielmente sus deberes religiosos, y aun llegar a un grado eminente de perfección espiritual, viviendo entre gente fiel o gente descreída, en-